

El cuerpo, las bestias, la gracia

El origen del mundo, un Michon corto e intenso

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

Trago corto pero intenso, como demanda el alcohol que destila el alambique de Pierre Michon, *El origen del mundo* esconde la confesión de un deseo. Leamos: "No creo en las bellezas que se van revelando poco a poco, a poco que nos las inventemos; sólo me importan las apariciones". En la vida de todo hombre de veinte años existe una Yvonne de treinta o de cuarenta, primera sacudida de un mundo ciertamente adulto y a menudo inalcanzable, donde el todavía casi adolescente descubre de una vez y para siempre el más luminoso de los fuegos: la belleza y condena del cuerpo, la herida imposible de saciar que la carne convoca en el deseo. El narrador descubre a Yvonne y su sangre se amotina. Sólo el relato, escrito tiempo después, cuando es razonable pensar que el deseo se haya apaciguado, permite embriagar semejante rebelión. Y aun entonces, movida tanta agua por la rueda de la edad, queda la marca de haber deseado hasta las heces. *El origen del mundo*—equivoca traducción del original francés, *Le Grande Beune*, que hace referencia a un río de la Dordoña— conduce así la vieja herida del deseo físico, de la pura posesión, hacia el misterio profundo de la literatura. Y no ya porque la palabra restituya lo imposible (la carne jamás gozada), sino porque celebra a quienes, desde una asumida indiferencia, son huella viva en la memoria de los hombres.

Como contrapunto a esta incursión en los dominios del hambre erótica, Michon propone un viaje hacia atrás, al marco no menos mítico que el paisaje de la novela propone, el del entorno de Lascaux y las expresiones más audaces y todavía hoy deslumbrantes de la mentalidad paleolítica, la de aquellos antiguos "artistas" (el escritor parece no querer renunciar a esa palabra) que cifraron en grutas anhelos quizá no muy distintos al del joven maestro que siglos más tarde visita las cuevas: la pasión de la caza, la desdicha de la muerte, la consolación de la belleza. Ciervos, caballos, bisontes; dioses, palos, piedras; comer, amar, matar.



Pierre Michon.

Porque queda la gracia. La gracia de una escritura a un paso siempre del abismo, ese abismo que se abre a pies de quien convierte a la belleza en sustento de su propia tarea, en alimento de lo narrado. Pero la grandeza de Michon aflora ahí, en salvar los muebles al lograr que la belleza esté al servicio de otra cosa, esa verdad profunda e innegociable que la literatura revela en forma de anunciación, de apropiación, de aparición. Yvonne es esa gracia de la mujer fabulosa que se repite desde la primera Venus; las bestias pintadas en las paredes son esa gracia del dominio humano sobre la Naturaleza; la embriaguez de la prosa de Michon es esa gracia de la literatura que no renuncia a ser una manifestación del misterio. Leamos: "Decir que era un bocado soberbio es poco. Era alta y blanca, era leche. Era algo amplio y copioso como las hurries en las Alturas".



El origen del mundo

PIERRE MICHON

Anagrama 2012

PALABRA POR PALABRA

FERNANDO ONTAÑÓN

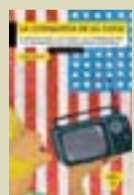


La vida de Sakineh

Voy a hablar de una película desternillante que he visto muchas veces y a la que con frecuencia recurrimos los amigos para hacernos reír todavía, después de tanto tiempo, recordando algunas de sus escenas, diálogos que nos sabemos de memoria y situaciones hilarantes que nunca nos cansamos de relatar con la vivacidad de quien acaba de tener una ocurrencia, como si, una y otra vez, las anécdotas de esta vieja película nos desvelaran nuevas burlas, grotescas ironías que, inopinadamente, se nos hubieran pasado por alto en su momento. Se trata de *La vida de Brian*, de los Monty Python, ese grupo excepcional de cómicos británicos que nos dejó también otras películas para el recuerdo, como *Los caballeros de la mesa cuadrada* y *sus locos seguidores* y *El sentido de la vida*.

La vida de Brian es una delirante parodia del cristianismo que, en el momento de su estreno (1979), desató las iras de los grupos de fanáticos e intocables habituales, esos portadores de la verdad absoluta y, por lo tanto, pertinaces enemigos del librepensamiento, siempre tan melancólicos e intolerantes. El joven Brian, hijo de un centurión romano llamado Traviesus Maximus, es confundido con Jesús de Nazaret, lo que da lugar a una serie de malentendidos que, debido al fanatismo de una muchedumbre ansiosa de revelaciones místicas, de un dogma que dé sentido a sus vidas, terminan convirtiendo a Brian en su martirizado Mesías. En una escena de la película, Brian y su madre asisten a la lapidación de un hombre acusado de haber dicho el nombre de dios en vano. En un tenderete, les venden piedras (con punta, planas y bolsas de gravilla) y barbas postizas (para que también las mujeres, disfrazadas de hombres, puedan participar). Mientras leen la sentencia antes de la ejecución, se crea una gran confusión puesto que el nombre de Jehová empieza a salir, sin querer, de boca de unos y otros y, finalmente, acaba siendo lapidado el propio organizador del evento.

¡Qué risas! ¡Qué disparate! ¿Verdad? Hoy en día, todavía hay países que practican la lapidación. Entre ellos Irán, donde una mujer llamada Sakineh Ashtiani está condenada a muerte por este método, acusada nada menos que de adulterio. Se me heló la sangre hace unas semanas cuando leí que "expertos islámicos" debatían sobre la posibilidad de cambiar su ejecución a pedradas, por muerte en la horca. ¡Qué bondadosos estos hombres de dios!



La conquista de lo cool

THOMAS FRANK

Traducción de Mónica Sumoy

y J. C. Castellón

Alpha Decay

440 páginas, 25 euros



La soledad del azar

JUAN COBOS WILKINS

Almuzara

224 páginas

17,95 euros

Fintas de seducción

El imaginario y la vida cotidiana de EEUU en la década de 1950 estaba presidido por el más rancio conformismo. Ni siquiera el rock'n'roll logró abrir fisuras serias en ese acorazado. No es de extrañar, pues, que, cuando se consuma la explosión juvenil de los sesenta, los publicistas más renombrados se inspiren en ella como perros hambrientos para dar forma a nuevos artificios de seducción. Este cambio es aún menos extraño si se tiene en cuenta que buena parte de ellos eran jóvenes *revueltos*. Frank ha escrito un apasionante ensayo de crítica cultural que ha sido usado incluso para sostener que la industria originó la contracultura. Idiotez malintencionada que revela lo fino que hila el autor.

Sabrosos y a pares

Cobos Wilkins no engaña, ni por licencia poética, con el título de esta colección de relatos. Soledad y azar son los puntos de partida, a veces de llegada, en torno a los que se organizan estas 26 narraciones que, con sólo trece títulos, se distribuyen en dos partes, *Haz* y *Envés*. Las historias aquí engarzadas son de luz y sombras, y por eso Cobos Wilkins recomienda disfrutarlas a pares. Así, por ejemplo, a *La exposición*, que cuenta las milagrosas relaciones establecidas en una ermita perdida entre dos expertos en arte, aislados por la nieve, y unos lienzos de Botero, debe seguir su envés, penetrante microcuento sobre las pitanzas oníricas de Hannibal Lecter. Y el resto, igual de sabroso, de igual modo.